

Del fundador contra el sepulcro helado,
Trozo de mármol con labores toscas,
Sobre el que una armadura, un rojo manto
Y dos banderas desgarradas posan.

Las varias voces del discordo coro
Por las cimbras altísimas rimbomban,
Y suena alguna tos de cuando en cuando
En las capillas lóbregas. Asoma

Allá en el presbiterio, semejante
A una fantasma, con sus blancas ropas
Un monje, que cruzando á lento paso,
Vigila los blandones, acomoda

Sobre el altar misal y vinajeras,
Apresta el incensario, las alfombras
Extiende, muelle del Abad la silla,
Y las lámparas baja y las adoba.

De prima la oracion luégo concluye,
Y la comunidad descende toda,
Precedida de cruz y de ciriales:
Atraviesa la iglesia, en voces sordas

Y sumisas un salmo murmurando.
Marcha en dos largas filas, y las forman
Unos cincuenta monjes, presididos
Por el potente Abad, que con gran pompa

Va detrás de su grey, bien abrigadas
Frente y orejas bajo negra gorra;
Y el cuerpo en un forrado y rico manto
De nobles pliegues y de luenga cola.

Dos legos le acompañan; lleva el uno
La mitra ornada de soberbias joyas,
Otro el báculo: en pos dos escuderos;
Este una espada y un estandarte arbola;

Aquel lleva un escudo y capacete:
Seis hombres de armas sírvenle de escolta;
Después dos monacillos y dos pajes
Un gran sillón y un escabel trasportan.

Raro acompañamiento, do resaltan
Insignias entre sí contradictorias
De pastor y guerrero, de prelado
Y de rico-home. Muestra su persona

Sexagenaria edad, pero robusta,
Regular talla, obesidad notoria,
Gravedad afectada, paso tardo,
Fuerte respiracion, mas trabajosa.



Son sus ojos alegres y vivaces,
Brotó salud su faz fresca y redonda,
Y sus anchas mejillas rubicundas,
Y su nariz, hácia la punta roja,

Que sabrosos manjares, suculentos
Y abundantes, su pasto son, denotan;
Y que á sus digestiones siempre ayudan
Vinos añejos de poder y aroma.

De condicion benigna y apacible,
Jamás tomaba parte en las discordias
Y manejos políticos de corte;
Obsequiar al poder tiene por norma.

Era todo su afán del monasterio
Aumentar los dominios, y su sola
Ambición disfrutarlos en reposo;
Gozando las ventajas deliciosas

Que el derecho feudal le concedía,
A la verdad extrañas y no pocas:
Y su gusto, asistir á los banquetes,
Y también darlos en su celda propia.

—Al pasar el prelado y su comparsa
Junto á Velazquez, que se humilla y postra,
No dió de conocerle muestra alguna;
O tal vez por tener la vista corta,

O porque era difícil en tal porte,
En tanta lóbreguez y á aquellas horas;
Pero le echó su bendición. Velazquez
Intenta el acercarse; mas la escolta

Se lo impide; y confuso, despechado
Sigue la procesion, que desemboca
La nave principal, al presbiterio
Hace la reverencia, y se entra toda

Allá en la sacristía. Sus cancelos
Va el caballero á penetrar, y estorban
El paso los armigeros. Entónces
Humillado se siente, y en voz ronca

Pronunciando su nombre, airado dice,
Que al punto hablar con el Abad le importa.
El conocerle, turba á los armados
Y le dejan entrada. No fué poca

Del Abad la sorpresa. El tiempo todo
Que del poder en la grandeza y pompa
Vivió el señor de Barbadillo, estuvo
Con él en amistad: desde la hora

En que murió don Sancho, más remiso
Comenzó á tratar; y cuando rotas
Las cadenas de Lara, vió por tierra
A Velazquez, y claro que no logra

La gracia y el favor del nuevo Conde,
Cortó con él sus relaciones todas.
Por lo que, ante sí viéndole, turbado,
En traje tal y en tal momento ahora,

No sabe qué pensar de su venida;
Y se le ocurren súbito dos cosas,
Ambas desagradables: ó que viene
Con la sed de venganza que le ahoga,

A tentar lo y pedirle tome parte
En algun plan osado de discordias
Y de guerra civil, con el que intenta
Recobrar el poder; ó á que lo esconda

Dentro del monasterio, y lo liberte
Del corvo alfanje y saña vengadora
Del moro ú del prodigio, que aquel día
Emplazado le tiene. Se acongoja

El prudente varón, imaginando
Que muy bien puede de una suerte ú otra
Salir perjudicado su peculio,
O la quietud de que el convento goza.

Y la visita inoportuna acoge
Con aquel embarazo, que no logra
La prudencia evitar, porque en el rostro
Y en la actitud, á su despecho asoma.

Velazquez, sólo porque está ocupado
En sus terribles inquietudes propias,
La del Abad no advierte. Se aproxima,
Una mano solícito le toma,

La besa, y le suplica que lo escuche
Por un momento en confesion á solas,
Para hacerle sumiso una consulta
Del mayor interés. Aún más se azora

Con esta pretension el buen prelado,
Bien que hecha en tono humilde; pues la fosca
Facha de aquel demonio en carne humana
Su sangre hiela, sus palabras corta.

Falto de aliento pues para excusarse,
Y maldiciendo en su interior la hora
En que se abrió la puerta de la iglesia,
Y el caballo que trajo á tal persona,

Y que no la dejó perniquebrada
Del agrio monte por las quiebras hondas;
Álzase, y con recato y disimulo
A fray Ambrosio, un monje, cuyas formas

Eran las de un jayan, al paso dice,
Que se quede á la mira y se disponga
A entrar con una tranca en todo evento;
Y á un oratorio ó capillita angosta,

Que estaba allí en la misma sacristía,
Fuése con Rui-Velazquez. Se coloca
En un confesonario, que pudiera
De castillo servir: una poltrona;

Que cede rechinando al peso, oprime:
Se hace un ovillo con el manto, y toma
La actitud del que escucha. El caballero
Delante de él una rodilla dobla,

Y le refiere su pasada vida,
Llena de atrocidades, que no ignora
El padre espiritual, pero á que cauto,
Severo demostrarse apénas osa.

Así, cuando hace pausa el penitente,
Un *pues* ó un *ya* entremete y acomoda;
Bien un suspiro ó tos, ó alguna frase,
Tan insignificante como corta.

Pero cuando Velazquez, dando cima
A su infernal y abominable historia,
Pasó á mostrarle que dispuesto estaba
A dar todos sus bienes de limosna,

Como compensacion de sus pecados,
Para lograr que el cielo le socorra
En el presente apuro; y que al momento
Hará cesion de sus riquezas todas

Al monasterio aquel, si se le aplican
Las penitencias y las santas obras
De la comunidad, para alcanzarle
En la lid inminente la victoria;

Volvióle el alma al cuerpo al buen prelado,
Descuajóse su sangre, se recobra
Su ahogado corazon, y se convierten
Las gualdas de su faz en frescas rosas.

Y bendiciendo en su interior el punto
En que se abrió la iglesia á tales horas,
Y al caballo que trajo tal visita,
Salva á través de tierra tan fragosa;

Ya como aquel que marcha sin cuidado
Por senda conocida y tierra propia,
Se deja arrebatar del santo celo,
Y reprendiendo al pecador, lo exhorta

A penitencia y contricion, é insiste
En que para encontrar misericordia,
Cumpla su buen propósito al momento,
Pues mueren las palabras sin las obras.

—Velazquez ansia el verse descargado
Del voto aquel, con que presume logra
Celeste proteccion; mas aún pregunta:
«¿Y qué, será segura la victoria?»

El buen Abad desconcertóse un poco;
Pero le respondió: «Todo se logra
Con la ayuda de Dios. Grandes, enormes
Vuestras culpas han sido; mas las borra

»Vuestro arrepentimiento, y las compensa
La renuncia que haceis de vanas pompas
Y riquezas mundanas, todo, todo
Cediéndolo al Señor. Muy poderosas

»Por otra parte son las oraciones
De esta comunidad, de que la gloria
Tengo, aunque indigno, yo de ser prelado.
En ella hay almas de primera nota,

»Angeles en la tierra, santos tales,
De virtud tan eximia y portentosa,
Y de tan dura y penitente vida,
Que influjo grande con el cielo gozan.

»Todos por vos en oracion al punto
El coro ocuparán. Yo cien antorchas
Mandaré que se enciendan: imposible
Es que la Omnipotencia quede sorda

»A tantos ruegos, y que auxilio niegue
A quien, cual vos, por medio tal lo implora.
Reconciliado con el cielo, nada
Os debe ya asustar. Es bien notoria

»Vuestra destreza en justas y combates;
Vuestro claro valor al mundo asombra:
El mancebo que os reta y os emplaza,
Es un pagano, un perro de Mahoma,

»A quien falta la gracia; y aunque tenga
Más ó ménos razon, no ha de ser cosa
De que vencer consiga á un buen cristiano,
Al momento en que acaba de dar todas

»Sus riquezas á un santo monasterio;
Que es la mayor de las piadosas obras.
Animo pues, el tiempo no perdamos,
Firmadme al punto donacion en forma;

»Y confiando en el cielo y en las preces
De mis monjes, volad y sin zozobra
Entrad en lid, y fulminad la lanza,
Que aunque aprieta el Señor, jamás ahoga.»

Dijo, y sin dejar réplica á Velazquez,
A fray Ambrosio llama en voz sonora.
Ambrosio entró al momento preparado
Con una tranca; pero así que nota

Que todo en orden va, diestro la esconde,
Y actitud santa y compungida toma.
El buen Abad su vigilancia y tacto
Con una sonrisita galardona,

Y le dice: «Al momento al secretario
Busca, y para mi celda le convoca.
Los padres receptor y despensero
Vayan tambien con él, y sin demora.»

Despareció obediente fray Ambrosio.
El prelado dejando la poltrona,
Apóyase en el brazo de Velazquez,
Sale á la iglesia, y con la armada escolta,

Los pajes y los legos, sube al claustro,
A su huésped contando las historias
De los grandes milagros que el convento
Ha obrado, y del poder de la limosna;

Y entró en su celda, que en verdad parece,
Más la mansion extensa y suntuosa
De un poderoso rey, que la vivienda
De un penitente, reducida y sola.

En medio de una cuadra, cuyos muros
Ricas molduras y follaje adornan,
Cuyo artesón altísimo de cedro
Timbres ostenta de mundana pompa,

Y cuyos muebles eran los más ricos
De aquella edad; estaba una redonda
Mesa entallada con primor y esmero,
A su frente un sillón de rara forma,

Y sobre ella un jamon, pan como nieve,
Un ánade, dos truchas y una torta,
Todo en fuentes de plata repartido;
Y al lado del cubierto una gran copa

De oro, y que media azumbre contendria,
Segun era capaz, erguida y honda;
Con un frasco de vino de Alaejos,
Y de leche de anís una redoma.

Resplandeció de júbilo la frente
Del Abad á la vista apetitosa
De su ordinario desayuno. Manda
Otro sillón poner y franco exhorta

Al huésped á que tome alguna parte
De su almuerzo frugal, diciendo: «Todas
Las penas, los cuidados más enormes,
Así que llegan de yantar las horas,

»Deben desaparecer, ponerse á un lado.
Tener el vientre lleno, es lo que importa
En cualquiera ocasion: con él vacío
El más leve trabajo nos agobia (35).

»Ánimo, caballero, llegad, ea,
Una presa y un trago, y luégo corra
La suerte que Dios quiera. Ambos habemos
Menester fuerzas, y en verdad no cortas;

»Yo para la oracion y penitencias,
Y vos para lidiar.»—Con frente torva
Rehusó Velazquez el convite, y mudo
Va á un lejano sitio, y en él se arroja.

El Abad embistió con el almuerzo;
Y á corto rato por la puerta asoman
Receptor, despensero y secretario,
Que á un lado con respeto se colocan.

Eran tres monjes de distinto empaque:
El padre receptor es de persona
Alta y recia, de rostro macilento,
Aguda la nariz, la barba roja,

Los ojos pensadores y sumisos,
Ágiles miembros, mas presencia tosca.
El padre despensero era rechoncho,
Su panza abultadísima y redonda,

Y cuellucorto tanto, que empotrada
Iba en los hombros su cabeza gorda:
Su corte todo en fin tal, que cualquiera
De las despensas y bodegas hondas

Mirándole salir, pensar podía
Ver un pipote, una tinaja ú orza,
Que por arte diabólica ó encanto,
Lograba andar como andan las personas.

Su ancho rostro bermejo y rubicundo,
La nariz chata, respingada y roma,
Los ojazos alegrés y brillantes,
Negras pobladas cejas, y la boca

Espumosa, grandísima, con dientes
Ralos y llenos de amarilla toba,
Su condicion pacífica mostraban,
Y que era hombre de chiste, risa y broma.

Que estaba, es lo seguro, tan ufano
Del alto cargo y dignidad que goza,
Que ni por las dos llaves de San Pedro
Cambiará aquellas que su cinto adornan.

El padre secretario era el más jóven
Y de más fina y delicada estofa:
Su faz muy avispada y expresiva,
Talle gentil y delicadas formas,

Y en su porte total y en su semblante
Alguna semejanza, aunque remota,
Tiene con el Abad, cuyo cariño
Por él era sin límite. En sus ropas,

Sin ser más que la túnica y el manto,
Se descubre elegancia primorosa;
Y fuera su presencia sorprendente,
Y de grande atractivo, si una sombra,

Un filete no más de suficiencia,
De presuncion impertinente y tonta
No le diera aquel aire seco y duro,
Que á la primera vista tanto choca.

Sin dejar el prelado su tarea,
Despejar manda á la comparsa toda
De tiernos pajes y robustos legos,
Y las puertas cerrar. En cuanto á solas

Queda con las tres altas dignidades,
En brevedad sucinta les informa,
De que quiere el presente caballero,
Con libre voluntad madura y propia,

Donar al monasterio sus estados,
Todos sus bienes, sus riquezas todas;
Y al Abad entregar cuanto posee
En numerario, frutos, mueble y joyas,

Para que con prudencia y con buen tino
Lo reparta en sufragios y limosnas;
Y así lograr del cielo ayuda en vida,
Y en la muerte eternal misericordia.

En virtud de lo cual al secretario
Extender manda el documento en forma,
Y al padre receptor y al despensero,
Que sirvan de testigos. Les rebosa

La sorpresa y contento á los tres monjes,
Y el primero, en silencio y sin demora,
Se acerca al escritorio, un pergamino
Prepara, y pone manos á la obra.

Despues de haber escrito aquellas frases,
Pesadas, mazorrales y devotas,
Y aún de seguridad (de que mil muestras
Se hallan en los archivos muy curiosas;

Y de las cuales se conservan muchas,
Que aún nuestras escrituras emborronan,
Porque son de provecho al escribano,
Cuyo interese es aumentar las fojas),

Ruega á los dos testigos que se acerquen,
Y con cortés desembarazo nombra
Al señor otorgante, y le convida
A que las varias fincas de que constan

Sus estados le indique, porque quede
De todo escrita competente nota.
Obedeciendo al punto Rui-Velazquez,
Deja su asiento, y va como una sombra,

Como un espectro, que á la voz se mueve
Del poderoso mago que lo evoca;
Y uno por uno sus castillos todos,
Sus feudos y lugares con voz honda

Y sepulcral pronuncia. Miéntras tanto
Que el ágil secretario con pasmosa
Rapidez los apunta, el despensero,
Restregando sus manos mantecosas,

A cada posesion, pago y terruño,
Que oye nombrar y ve escribir, elogia
Y echa un dulce requiebro. Ora prorumpo:
«¡Suelo de caza y buenas truchas!» Ora,

«¡Sabroso queso y potenciosos vinos!»
O bien, «¡Tierra de leña y lindas mozas!»
Ya, «¡Brevas como el puño y buen carnero!»
O, «¡Famosos jamones, que hay bellota!»

De tal modo risueño califica
Los diversos estados, y se goza
En los sabrosos frutos que producen,
Y que han de dar á sus despensas honra.

Sus frases y sus gestos expresivos,
Del padre receptor contraste forman
Con la meditacion inmoble y muda,
En que puesto el pulgar dentro la boca,

Blandamente cogido con los labios,
Y la otra mano recogiendo motas
Por la túnica y manto distraida;
Calcula, cuenta y suma de memoria

La renta de las varias posesiones,
Y el nuevo capital á cuánto monta.
El que al fin de esta escena ya parece
Que ni interés ni parte en ella toma,

Es el bendito Abad, que ó bien poniendo
Su confianza (la razon le sobra)
En los tres respetables dignatarios;
O porque con desprecio ve las pompas

Y riquezas del mundo miserable;
O porque es su costumbre, y no ser cosa
De alterarla por nada; ó bien que acaso
No puede remediarlo á tales horas;

En cuanto concluyó con los manjares,
Aliviando del peso á la redonda
Mesa, donde quedaban en desórden
Sólo huesos pelados, raspas mondas,

Platos vacíos, cáscaras y migas,
Y escurridas y secas las redomas;
Del sillón se extendió sobre el respaldo,
Y á pierna suelta descuidado ronca.

Quedó en fin terminada la escritura,
Leyóla el secretario en voz sonora,
Aunque un poco nasal y recalcada;
Rui-Velazquez con mano algo temblona

Y tarda, por no estar á escribir hecho,
Puso su nombre entero en letras gordas
Como marcas de fardo, mas no claras,
Si apénas descifrables por borrosas.

Firmaron en seguida ambos testigos,
Y al Abad la presentan, que en sí torna
A fuerza de llamarle y de moverle,
Y que al fin bostezando y torpe moja

La pluma, hace una cruz algo torcida,
Seguida de un borron y rayas toscas,
Que él llamaba su firma. Luégo al punto
Las legaliza el secretario todas.

Acabado que fué tan gran negocio,
Velazquez del Abad licencia toma,
Su mano besa y bendicion recibe,
Y se apresta á marchar, que urgen las horas.

El prelado con él al claustro sale,
Donde con su salud cascada y corta,
Y con estar muy fresca la mañana,
Se excusa de seguir. Pero convoca

A la comunidad, que en el momento
Con ciriales, con palio y cruz se forma,
Y á tan gran bienhechor (bien lo merece)
Acompaña y despide con gran pompa

Hasta la puerta principal, do un paje
Tiene el caballo. Apresurado monta
Velazquez, y mirando el sol tendido,
A toda rienda á su palacio torna.